

LA MATERNIDAD, UNA EXPERIENCIA EDUCATIVA

“Máster en Estudios de la diferencia Sexual”

Duoda

2012-2013

Cristina Díaz Varela

crdiazva7@alumnes.ub.edu

Tutora: Asunción López Carretero

ÍNDICE

Qué guió mi deseo de hacer este trabajo.....	3
Introducción.....	4
La relación humana primera.....	5
Mi experiencia como hija.....	6
Maternidades libres, conflictos y deseos.....	9
Una experiencia educativa singular, educar a una niña, educar a un niño.....	12
Bibliografía	

Qué guió mi deseo de hacer este trabajo

Cuando empecé a decidir sobre qué quería escribir para el trabajo final del primer curso del Máster en Estudios de la Diferencia Sexual de Duoda pronto me surgió la idea de escribir sobre la maternidad pensando, sobre todo, en las diversas experiencias de amigas y mujeres de mi familia y en las relaciones singulares que cada una ha ido creando con sus hijas y con sus hijos. La relación que una madre establece con su criatura me despierta una enorme curiosidad, como es esa relación, de que está hecha, hacia dónde camina...

Desde hace algún tiempo el deseo de la maternidad me acompaña. Una especie de revolución interna se está produciendo en mí con sentimientos que a veces son contradictorios. Con una escucha atenta estoy intentando observar y acoger ese deseo.

En algunos momentos, a lo largo de todo el proceso de elaboración de este trabajo, he pensado que quizás fuese osado escribir sobre la maternidad sin ser madre pero mi intención es sólo la de acercarme a esta experiencia desde esa curiosidad de la que hablo, desde ese deseo que se está despertando en mí y rescatando aquello que me ha parecido más significativo de las vivencias de mujeres cercanas a las que he observado y con las que he compartido conversaciones acerca de la maternidad, de su maternidad. Mujeres que desean ser madres y vivir su maternidad desde un lugar más libre, teniéndose en cuenta, y que lo intentan cada día.

Aquí radica el origen de este trabajo y éste ha sido posible en gran medida gracias a las relaciones que tengo y he tenido con otras mujeres y a lo que ellas han querido o han podido compartir conmigo de su experiencia, a sus enseñanzas.

Un horizonte de reflexión, trabajo, necesidad, que por ser personal, si se encuentra la mediación podría ser también político.

Introducción

A la luz del pensamiento de la diferencia sexual he aprendido mucho y mi vida poco a poco se ha transformado. A través de él he valorado, desde otro lugar, la puesta en juego que supone muchas veces el deseo libre de ser madre. Este pequeño trabajo pretende ser una reflexión con la que poder acercarme a esa experiencia de la maternidad, atendiendo especialmente a la relación que las madres establecen con sus criaturas. Cuáles pueden ser sus paradojas y dificultades y donde radica ese deseo de libertad. Mi intención no es la de llegar a ninguna conclusión. No es ese el interés que me ha movido, tan sólo el de recorrer, a través de este texto, un camino de aprendizaje que es infinito y también muy gustoso para mí en este momento.

Por lo que distintas mujeres cercanas y queridas han compartido conmigo de su experiencia tengo la sensación de que existe mucho ruido en torno a la maternidad y que muchas tienen necesidad de poner palabras a su experiencia, palabras propias. Además la vivencia de la maternidad en este momento histórico, de crisis económica, de capitalismo asfixiante, está trayendo cosas nuevas, nuevos conflictos y desafíos.

Escuchando con atención y curiosidad a otras mujeres que son madres creo que la maternidad es una vivencia de apertura en la que una mujer conecta con algo muy profundo de su ser y que quizás, no lo sé con seguridad porque no soy madre, es una experiencia de cambio tan grande que transforma tu vida. Es una experiencia de entrega, de apertura a algo nuevo y desconocido en la que el miedo y la fragilidad también están presentes. Ser madre es también asumir una responsabilidad y a través de esa vivencia parece que puede abrirse la posibilidad de aceptar ser la mujer que se es.

La fuerza de las mujeres ha sido y es revolucionaria, en diferentes contextos y lugares a lo largo de la historia. La capacidad femenina de crear vida y lo que de ella surge cuando una mujer decide o acepta ser madre y nace una hija o un hijo, es revolucionaria, por la capacidad transformadora que tiene al abrir un lugar en el mundo para otra, para otro.

La relación humana primera

La relación que se da entre una madre y su criatura es una relación humana, la relación humana primera y he aprendido que es también la primera relación educativa. En ella las criaturas aprenden a hablar y a convivir. Una relación en la que la madre y su hija, la madre y su hijo entran desde el primer momento. A través de la palabra y con la mediación del amor, las madres enseñan el mundo. La madre al enseñarnos a hablar y a convivir, nos enseña dos cosas de enorme trascendencia en nuestras vidas. Cada niña, cada niño, descubrirá y nombrará el mundo en relación con su madre. Esa convivencia inicial con nuestra madre es tiempo compartido, es necesidad, es amor, es gratitud, es autoridad que circula y por ello es inicio de otras relaciones que posibilitan la convivencia humana. No es por tanto una relación social.

Dice Luisa Muraro, en su obra *El orden simbólico de la madre* *"que la madre nos enseña a hablar y muchas otras cosas que pertenecen a los fundamentos de la civilización humana. Con estos aprendizajes nos es transmitido el orden simbólico de la madre; la lengua tiene una función simbólica que nos permite interpretar lo que es real. Las reglas de la lengua materna nacen de la necesidad de mediación, son las que impone la madre para que podamos volver a comunicarnos con ella compartiendo su experiencia con el mundo."* Con ello la madre nos enseña la práctica de la relación sin más, por el gusto de estar en relación. Y nos trae su disponibilidad. Esta relación, es una relación natural de disparidad entre dos seres singulares. Se crea así el vínculo primordial y primero que une a una criatura con su madre.

El patriarcado atribuía al hombre el origen de la vida, alejando de su discurso el nombre de la madre y su presencia. Así rompió, de algún modo, el vínculo con ella, ya que el padre entraba a sustituir a la madre como garante del horizonte de sentido de la educación alejándola de la práctica de la relación que es lo que ella enseña. En la relación madre hija, madre hijo, está el origen de cualquier otro inicio. Sin embargo en los años más importantes del feminismo, las mujeres comprendieron que la búsqueda de su subjetividad y libertad dependía de que pensarán en términos nuevos la relación con sus madres al recuperar y preservar ese vínculo que trae al mundo cada madre.

Mi experiencia como hija

La relación con mi madre, la relación con mi madre concreta, cobra una dimensión especial y más profunda que otras relaciones. Esto pasa (creo) por que se trata de una relación fundamental, en el sentido de que es fundamento de gran parte de lo que soy.

Poder reconocer a la madre que tengo es reconocer algo que fundamenta lo que soy. En este sentido, más allá de la relación que tenga con ella, ella es una parte de mí. Ella es origen de mi vida y también, a través de la relación que ha mantenido conmigo, de mucho de lo que he desarrollado, aprendido, creado. Es una relación en la que hay (ha habido) una fuerte disparidad (ella es mayor y, en un principio, sabe más de la vida y de las cosas) y una gran dependencia (dependo, he dependido de ella, para crecer, vivir, sobrevivir...). En este sentido, forma parte de mí, como una huella, un recuerdo, que me permite seguir creciendo.

Si soy capaz de verla y entenderla, me veo más a mí misma y puedo andar por la vida más tranquila. Ordenar esa relación, desde ahí, me permite relacionarme con ella con más libertad y también entablar otras relaciones con más libertad. Verla es verla, con lo que es y hace. Verla es un ejercicio de apertura.

Yo me he criado con un referente paterno muy presente que, ahora sé, me ha dificultado muchas veces ver a mi madre, aprender de ella y reconocerla. Aprender es una necesidad básica y siempre me he fijado más en lo que mi padre me enseñaba. Él era el que había estudiado y eso a mis ojos, en gran medida por los mensajes que recibía por todas partes, en la escuela, de personas adultas de mi entorno, etc... significaba que “era él el que sabía de las cosas necesarias e importantes para la vida” aquellas que tenían que ver con el conocimiento, con el estudio. Y aquí no encontraba demasiado lugar para las enseñanzas de mi madre. Mi padre me enseñó un orden de la vida vinculado al conocimiento académico, a la cultura, al saber. Pero me hablaba de un mundo que, aunque real, muchas veces está también muy despegado de la vida. Y siempre más desde la lógica de la razón y de la verdad de lo que deber ser, que desde la relación sin más. Así que me enseñó un orden para manejarme en el mundo, para caminar por la vida, pero alejado de la práctica, de la experiencia, un orden en el que la relación, como digo,

estaba poco presente, porque las normas, los mandatos, los deberías, el conocimiento formal lo ocupaban todo y había mucho ruido. Todo esto en realidad significaba no tenerme en cuenta, no indagar en mi deseo ni escucharlo, provocándome sentimientos de inadecuación que además me llevaban a tener visiones bastantes negativas de mi misma y sensaciones de extrañeza. Recuerdo que han sido muchas las veces que mi padre me ha explicado la importancia de ser una mujer autónoma, emancipada, independiente económicamente y de valerme por mi misma. Siempre me ha inculcado esa idea de independencia y libertad, pero de libertad individual sin tener en cuenta la relación. Esta idea de libertad me ha hecho vivir mi presencia en algunos contextos de manera dolorosa y he tendido a aislarme y a no saber buscar las mediaciones necesarias para la relacionarme con otras y con otros, teniéndome en cuenta y acogiendo la diferencia.

Aprendí a vivir y pensar más desde el debería y los machaques con contradicciones internas muy fuertes, que desde lo que yo quería ser o hacer. Mi padre desde su deseo de “educarme”, siempre me decía lo que creía que yo tenía que hacer en cada momento. Sé que con amor, así lo he sentido y por intentar cuidarme y protegerme y a causa también de sus propios miedos. Este orden del padre es también el que él aprendió, y así me lo transmitió, pero es cierto que me trajo un desorden simbólico muy fuerte.

Y aprendí a “sustituir” la relación por los mandatos, las normas y el conocimiento académico. Y no sabía que la medida de las cosas, de la realidad, también estaba en mí, y no fuera de mí, en el juego de la relación. Esto me ha bloqueado mucho, porque aprendí a relacionarme con automáticos. El orden del padre me ha bloqueado el deseo, mi deseo, esa fuerza que necesito para orientarme y que me alienta a actuar en la realidad con lo que hay. Esto me supuso no aprender a confiar en mí porque esa lógica me enseñó un modelo concreto al que imitar, el de ser una “mujer emancipada”.

He entendido que el orden del padre me trajo orfandad de madre, de diálogo sensato con ella y esto ha significado en mí la falta de reconocimiento a otras mujeres y a mi madre. Produjo un corte simbólico en mí, entre cabeza (pensamiento) y cuerpo, poniendo al lado de la cabeza la cultura y el cuerpo como

si no existiera. La relación con mi madre era silenciosa, muy cercana, de amoroso cuidado, pero yo andaba deslumbrada por la luz del orden paterno. Esto ha significado en mi relación educativa como hija, el no atender a mi necesidad de relación con mi madre, el no reconocer en gran medida todo lo que ella me ha enseñado, lo significativo que son para mi vida sus saberes, los de mi abuela... junto con el significado que para mi propia libertad tiene reconocer mi origen en ella y lo necesarias que para mi vida son las referencias de otras mujeres, para así pensar desde mi ser mujer sin compararme con los hombres.

Me faltaban las palabras del saber de origen femenino y materno para ir más allá de ese paradigma dominante neutro-masculino que en muchos contextos está tan presente, y que mi padre también me transmitió. Un modelo en el que es el hombre quien está en el centro, así que se trataba de asimilarlo y "luchar" por colocarme en ese centro a través de la mediación masculina de la igualdad, del ser una mujer emancipada. Y hacerlo pensando, ahora me doy cuenta, en neutro, obviando mi ser mujer e intentando asimilar mi estar en el mundo, unas veces conscientemente y otras no, al mundo masculino, como algo automático, con ese modelo paterno como referente.

Ahora entiendo que no pensar desde mí, no intentar partir de mí en la relación con el mundo, como punto de partida para la propia libertad, sino más desde fuera, el no dar importancia a la práctica de la mediación femenina, está ligado a mi dificultad para entrar muchas veces en relación.

El discurso de mi padre, en parte el discurso de la cultura patriarcal y de la igualdad me negó simbólicamente mi propia subjetividad. Mi experiencia y vivencia de ser mujer ha sido durante muchos años más desde la aceptación de algo que venía dado, impuesto, y que no partía de mí, que desde mis deseos, como a la medida de lo masculino y siempre me faltaba algo.

Me ha costado, aún me sigue costando, ver mi necesidad, preguntarme acerca de mis deseos, apartarme de ese orden tan grande y ruidoso que no me permite verme, porque la carga emocional es muy fuerte. Mi deseo, es el de no relacionarme con este orden paterno desde el reproche, siento que mi padre me ha querido y él me dio "un orden para desordenar", una plataforma desde donde

saltar más allá. Ahora puedo ponerme delante de ese orden desde otro lugar (y en ese sentido me ha servido) y reconocer que en él también está mi origen y desde ahí surge mi deseo de estar en otro lugar...

En este momento presente me siento más cerca de mi madre, mi relación con ella no está exenta de conflictos y dificultades, pero ahora sé que encierra algo que va más allá y me impulsa, con sensaciones de apertura y deseo de ser, de libertad, y que tienen que ver con mi reconocimiento hacia ella. Hoy pienso en mi madre, miro mi ombligo, recuerdo que un día me trajo al mundo. Mi presencia en este mundo no es obra de Dios ni de un Estado. Nací gracias a un cuerpo de mujer. Mi madre.

Para mí, para muchas de nosotras, el feminismo de la de la diferencia ha sido una fuente de luz en este proceso de reconocer a la madre real y concreta, y dejar de compararla con un ideal. Me ha enseñado la necesidad de ordenar la relación con ella (o sea, entender que ella es otra y que sus añoranzas son suyas, no mías, y así, entendiendo esto, poder relacionarme con ella sin convertir su autoridad en poder)... Y esto, como sabemos, no es fácil, nada fácil, del mismo modo que no es fácil la libertad.

Maternidades libres, conflictos y deseos

“Destruir la institución no es abolir la maternidad. Es liberar la creación y el mantenimiento de la vida en el mismo campo de decisión, lucha, sorpresa, imaginación e inteligencia consciente, como cualquier otra dificultad que se da en un trabajo libremente escogido.”

- Adrienne Rich, en *Nacemos de Mujer* -

Me pongo a imaginar e imagino un mundo donde cada mujer habita plenamente su cuerpo y desde ahí, goza con total libertad. Imagino un mundo donde todas somos capaces de sabernos cuerpo, lo que nos permite reconocer nuestro origen y dejar de lado ataduras mentales que nos alejan de lo que en realidad somos. Imagino un

mundo lleno de palabras verdaderas sobre la maternidad, palabras enraizadas en el cuerpo y en la experiencia concreta de cada madre, palabras que nos permiten dejar de lado la mística y los estereotipos para entrar en el territorio de lo real. Imagino un mundo capaz de reconocer y valorar formas diversas, creativas y variopintas de ser madre. Imagino un mundo donde las mujeres somos dueñas de nuestros cuerpos y de nuestras vidas.

Una amiga muy querida escribió en su blog, “la única manera de ser libre, de ser humanamente libre es reconocer los miedos, hablar de ellos, afrontarlos y desde ahí, desde donde se está, elegir en cada instante que paso tomar”. He querido traer aquí sus palabras porque además de que me parecen muy significativas, creo que son origen de libertad y pueden poner verdad a la experiencia de la maternidad.

En estos últimos tres años he hablado con mucha frecuencia con amigas y con mujeres de mi familia que han sido madres sobre la experiencia de la maternidad. Durante algunas de nuestras charlas y conversaciones nos hemos ido dando cuenta de que es una cuestión que sigue siendo tabú en nuestra cultura. Un tabú cargado de mitos y cuentos de hadas que, con demasiada frecuencia, empañan, estereotipan y ocultan lo que cada mujer siente, vive, desea y necesita.

He rescatado de esas conversaciones algunas reflexiones que me parecen muy significativas. Cada madre tiene una experiencia única y singular que, aunque conlleve elementos similares a las de otras madres, no es reproducible por otra mujer. De ahí que, cualquier generalización sobre lo que se siente o se vive siendo madre es estereotipar la realidad. Falta simbólico y palabras para nombrar y compartir las experiencias reales de maternidad sin caer en un edulcoramiento excesivo ni en el catastrofismo sin sentido.

No es extraño encontrar mujeres que viven esa experiencia con mucha soledad. No es raro que el padre de la criatura no esté, desaparezca, no reconozca todo lo que hay en juego... No es raro tampoco que ella se vea privada de la compañía y los referentes de otras madres que buscan vivir esa experiencia con libertad, sin caricaturas ni caminos estrechos, sin vías de escape.

Pero esto no lo es todo. Algunas nombran experiencias de maternidad en las que se han sentido muy acompañadas por sus parejas desde la complicidad y el apoyo, y también por parte de amigas que han sido referentes para poder crear la relación con su criatura de un modo más ligero y amoroso. Lo que les ha traído sabiduría fresca, ligera y libre. No es tanto que se trate de la experiencia más maravillosa del mundo ni tampoco la peor del mundo. Puede ser ambas cosas... Es simplemente una relación que, como toda relación, será más o menos rica en función de lo que cada mujer con su criatura y sus circunstancias sea capaz de crear.

Aquellas que tienen un trabajo remunerado cuentan que no tienen tiempo de nada. En este momento histórico, son muchas las mujeres que son madres y tienen un trabajo remunerado. La necesidad de dos salarios para sostener la vida y la crianza ha traído nuevos conflictos y dificultades. Es el “doble sí” de las mujeres a la maternidad y al empleo del que habla Lia Cigarini. A veces supone la obligación de elegir cuando no es lo que se quiere, otras el tener que hacer malabarismos. Este “doble sí” al trabajo fuera de casa y a la maternidad trae contradicciones dolorosas. Contradicciones que hablan de un nuevo escenario en el que ser madre es un deseo y un trabajo remunerado, en muchos casos, una necesidad, y que muestra la dificultad y el peso de estar en el trabajo siendo madre, donde los tiempos, los ritmos, y las exigencias en muchos casos son incompatibles con las criaturas y también con una madre que cuida de ellas. Este contexto para muchas mujeres es una realidad que desordena ante la necesidad de llevar la vida al trabajo.

Nombrar y compartir la dureza, el trabajo, el esfuerzo, la soledad y todas esas sombras que a menudo conllevan la maternidad, permite pensar cómo vivir esta experiencia de la mejor manera posible. Lo que quiero decir es que es posible nombrar todo esto, no como un destino inevitable, sino como algo que puede ser vivido de otras maneras menos dolorosas, donde el cuidado no esté reñido con el autocuidado, donde el desarrollo de la criatura no esté reñido con el propio desarrollo vital.

En definitiva, poner palabras a lo real, tener referentes y ganar en confianza es el modo de vivir esa experiencia con más consciencia y creatividad. Compruebo la potencia que tiene nombrar la propia experiencia.

Una experiencia educativa singular, educar a una niña, educar a un niño.

“-¿Puedo decirlo todo?

-Sí, puedes.

-¿Me entenderías?

-Sí, te entendería. Yo sé muy poco. Pero tengo a mi favor todo lo que no sé y - por ser un campo virgen- estoy libre de prejuicios. Todo lo que no sé es mi parte más grande y mejor: es mi amplitud. Con ella lo comprenderé todo. Todo lo que no sé constituye mi verdad.”

Clarice Lispector

“Aprendiendo a vivir y otras crónicas”

A lo largo de la historia, la crianza, el cuidado y la educación han sido tareas desarrolladas fundamentalmente por mujeres. Educar a cada criatura que viene al mundo es la parte más delicada de la “obra de civilización”. Obra que inicia cada mujer que decide ser madre. Diversas prácticas desarrolladas históricamente por las madres han enseñado que el afecto, el amor, la palabra hacen posible el desarrollo de una niña, de un niño, y que en su ausencia es difícil que este se dé. La atención a las necesidades básicas para vivir sin la mediación del vínculo puede garantizar la supervivencia pero no el desarrollo y el aprendizaje de capacidades humanas como el lenguaje, el pensamiento, la afectividad... Las madres (mi bisabuela, mi abuela, mi madre, mis primas, amigas que son madres) al relatar sus experiencias han desgranado una enorme riqueza de conocimientos, saberes útiles y necesarios. Es la educación primera.

La madre educa a las niñas y a los niños a través de los vínculos que establece con ellas y ellos, de ahí la trascendencia de los mismos. Y es común que el vínculo más fuerte que una criatura establece que sea con su madre.

Pero cada niña y cada niño son únicos y singulares, de modo que lo que va bien para una criatura no va bien necesariamente para otra, y por ello es preciso buscar la comprensión de lo que vive y siente cada una en particular para poder ayudarla a crecer y expresarse del modo mejor posible. Esa singularidad es lo nuevo que aporta al mundo común cada criatura humana que nace, algo que necesita ser orientado, acogido, algo que en la medida de lo posible cada madre intentará hacer. La escucha se da en una relación de aceptación, implica interés por entender qué vive y quién es el niño o la niña con el que su madre se relaciona, comprendiendo así que es un ser único. Acompañar, escuchar, aprender, entender, confiar...ver a cada criatura.

Del mismo modo cada madre es también única y singular y esto hace que no todos los caminos sean igualmente válidos para todas. Cada una tendrá que buscar aquel que mejor se ajuste a sus formas de ser, a sus deseos y necesidades, a sus sentimientos y emociones, a su historia.

Hoy en día parece que existe una idea que tiene mucha fuerza en nuestra cultura y que están produciendo dificultades para dar medida. El relacionar éxito con capacidad para competir, para consumir. Detrás de esta idea creo que hay una concepción individualista del ser humano, como si cada cuál se hiciera a sí mismo, a sí misma, sin la necesidad de referentes, de medida, de intercambio. Y dar medias adecuadas es posible cuando se establece una relación basada en la autoridad. Las relaciones de autoridad son aquellas que hacen creer, están basadas en la confianza y en el reconocimiento de la disparidad entre quién enseña y quién aprende. Es decir, la madre tiene saberes de los que las criaturas aprenden y a su vez las madres aprenden también en su relación con sus hijas e hijos.

El vínculo que la madre establece con sus hijas y con sus hijos, es vivido de modo distinto por las mujeres y por los hombres. Educar es un hecho relacional, algo que se da entre dos. Al educar a una niña se da una relación de semejanza, y al educar a un niño la relación es de diferencia. Para una niña la primera relación de

amor es con su madre y su madre es también su primer referente para ser, su referente de mujer. Se identifica con ella desde la infancia estableciendo un vínculo que perdurará durante toda su vida. Para un niño, está el vínculo de amor con la madre y el referente del padre. Y quizá los problemas que plantea a una mujer el criar y educar a un niño, a hijos hombres, son otros, necesitados de modelos de crianza, de educación, que no repitan ni las forma ni los contenidos de la que ha sido una cultura de tradición únicamente masculina hecha de padres y de hijos olvidando la genealogía femenina. En este sentido creo que cada vez más hombres, padres, se han interesado por la relación con las y los pequeños y se han sumado con gusto a la tarea de educarlos.

La sexualidad acompaña al ser humano desde su nacimiento hasta su muerte y por tanto niñas y niños son seres sexuados. El pudor de la diferencia sexual, la diferencia de ser mujer, la diferencia de ser hombre, está todavía muy presente en este tiempo en el que parece que todavía perdura el triunfo de lo neutro y de la igualdad.

La gran mayoría de las criaturas aprenden antes los estereotipos que los significados reales de tener uno u otro sexo. Aprenden que ser niña es jugar con muñecas o tener vestidos, y que ser niño es tener pelo corto y jugar con camiones. Y desde este planteamiento, un niño puede llegar a sentir miedo de dejar de ser niño cuando se maquilla o se pone una falda, y una niña puede llegar a temer dejar de ser niña cuando se corta el pelo. Eso pasa porque no saben que lo que les diferencia realmente es su cuerpo, sus genitales.

Creo que la percepción de toda esta riqueza y singularidad hace posible la maternidad real y la relación sin fin...

BIBLIOGRAFÍA

Cigarini, Lia. “El doble “sí” de las mujeres a la maternidad y al empleo”. Duoda Revista d’ Estudis Feministes. Núm 30-2006.

Piussi, Anna Maria. “Volver a empezar. Entre vida, política y educación: prácticas de libertad y conflictos fecundos”. XXIV Seminario de Duoda. La Política de las Nuevas Madres. 2013.

Rivera Garretas, M^a Milagros. “El Amor es el signo. Educar como educan las madres”. Editorial Sabina. 2012.

Rivera Garretas, M^a Milagros. “Mujeres en relación” Feminismo 1970-2000. Editorial Icaria. 2003.

Roche Andreu, Ivete. “La vida, en danza”. XXIV Seminario de Duoda. La Política de las Nuevas Madres. 2013.

Vidal Estruel, Carme. “En la revuelta de la maternidad”. XXIV Seminario de Duoda. La Política de las Nuevas Madres. 2013.

Zamboni, Chiara. “La vía simbólica en la relación materna y el cortejo de las imágenes del “yo”. Duoda Revista d’ Estudis Feministes. Núm 19-2000.